
Viajar sola

Identidad y experiencia de viaje
en autoras hispanoamericanas

Liliana Chávez Díaz



Viajar sola

Viajar sola

Identidad y experiencia de viaje
en autoras hispanoamericanas

Liliana Chávez Díaz



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Edicions

*A mi madre Elvira Díaz,
por enseñarme a viajar.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
Viajando sola	14
Los géneros del viaje	21
El otro <i>grand tour</i> : hacia una historia del viaje en femenino	28
Los viajes de este libro	33
CAPÍTULO 1. Memorias. Los viajes iniciáticos	39
Recordar en fragmentos: Belli, Guillermprieto y Sarlo	45
Tejer y destejer la vida	53
Ideología y viaje	59
Una «zona de contacto» revisitada	77
Ser moderna	81
CAPÍTULO 2. Crónicas. Los viajes peligrosos	85
Susana Chávez-Silverman: la cronista como <i>performer</i>	93
María Moreno: una viajera plebeya	108
Magali Tercero: viajar a los orígenes	118
La crónica como género anacrónico	131

CAPÍTULO 3. Archivos. Los viajes perdidos	135
Cajas con papeles	143
<i>El archivo «sucio» de Elena Garro</i>	149
<i>El archivo «limpio» de Rosario Ferré</i>	174
Otra Rosario Castellanos: crónicas	
por correspondencia	180
<i>Memoria y emociones</i>	186
<i>Una crónica privada</i>	195
<i>Confesiones de viaje</i>	201
CONCLUSIONES.....	209
BIBLIOGRAFÍA.....	217

INTRODUCCIÓN

En una carta enviada desde España en 1951, la escritora mexicana Rosario Castellanos le cuenta al filósofo Ricardo Guerra, entonces su pareja, cómo fueron recibidas ella y una de sus amigas en un hotel de Córdoba:

[...] todos nos veían con hostilidad pues por lo que se ve no están muy acostumbrados a ver que viajen mujeres solas. Nos sentíamos bastante incómodas por este motivo y porque en la calle nos decían nuestras cositas de lo peor suponiéndonos un oficio que, dada nuestra situación, nos es imposible desempeñar (Castellanos 1994: 102).

España se encontraba en plena dictadura franquista, Castellanos tenía entonces 25 años y era la primera vez que vivía fuera de México, tras graduarse como maestra en filosofía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Algo similar le había sucedido a la también autora mexicana Elena Garro catorce años antes, cuando una noche salió con una amiga a recorrer el barrio chino de Barcelona y unas mujeres las detuvieron: «“¿Tenéis carnet?”, nos preguntaron unas mujeres a Lolita y a mí. “No..., ¿de qué?”, pregunté. “De puta”» (Garro 2011 [1992]: 48).

Al igual que para Castellanos, era el primer viaje de Garro a España. Tenía 20 años y acompañaba a su esposo, el poeta Octavio Paz, al II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, que se desarrolló en Valencia, Madrid y Barcelona en 1937.

Como se puede apreciar en las anécdotas similares de Castellanos y Garro, el cuerpo femenino juega un papel significativo en la experiencia de viaje. El libre deambular por lugares poco comunes para mujeres suscita sospechas, puesto que con su acción turística las narradoras exponen una fractura entre el sujeto femenino convencional y el que ellas están representando al salir a la calle «solas», que en ese contexto significa salir sin compañía masculina.

Al documentar este tipo de experiencias alternas a las que otros autores escribirían después sobre la guerra civil española, las *Memorias de España 1937* de Garro se instalan como pioneras en la historia literaria del viaje contemporáneo realizado por mujeres hispanoamericanas, aunque hasta hoy hayan sido poco atendidas por la crítica literaria. Por su parte, las cartas privadas de Castellanos a Guerra, que se publicarían de manera póstuma, abren una ventana única para el estudio de la vida de la autora como intelectual y escritora en formación. A pesar de que ni Garro ni Castellanos escribieron estas obras intencionalmente como «literatura de viajes», no cabe duda de que los viajes que relatan transformaron de alguna manera su vida e influyeron en su escritura posterior.

A través de un corpus compuesto por textos de muy variados géneros textuales de «no ficción», este libro re-

flexiona en torno al concepto de «viajar sola» como el *leitmotiv* de una genealogía de literatura de viajes que pocas veces se ha clasificado como tal: aquella escrita en español por mujeres en contextos conservadores y en periodos de crisis, nacionales, sociales o personales, que descubrieron en el acto de viajar la libertad de ensayar, en palabras de Castellanos, «otros modos de ser».

De acuerdo con la teórica feminista italiana Rosi Braidotti (2011), a diferencia de la noción de «individuo», la noción de «sujeto» se define como un proceso que sucede a partir de cambios y negociaciones constantes entre diversos niveles de poder y deseo, es decir, de elecciones premeditadas y de impulsos inconscientes (Braidotti 2011: 18).¹ Esto explicaría la dislocación entre el sujeto femenino que la conservadora sociedad franquista esperaba ver en Garro y Castellanos, por ejemplo, y el sujeto narrado que va conformándose en la escritura de ambas.

Estas dislocaciones del sujeto femenino seguirán siendo el hilo conductor de la narrativa de viajes que intenta mapear este libro. Viajando por Israel y Europa del Este para conocer los orígenes de su familia judía, en la primera década del siglo XXI, la escritora chilena Cynthia Rimsky (2018) se enfrentará a la sorpresa constante e in-

1. Braidotti diferencia entre dos conceptos o niveles que conforman su proyecto feminista: la subjetividad, que es un nivel consciente, en el sentido de agencia histórica y empoderamiento social y político; y la identidad, que se relaciona con las políticas de lo personal y el deseo, actuando en un nivel subconsciente (Braidotti 2011: 155).

cluso a la solidaridad (traducida en compañía, alojamiento y comida) de otras mujeres que no comprenden cómo puede viajar sola. Si bien, a diferencia de Garro y Castellanos, Rimsky no es confundida con una mujer que se dedica a la prostitución, en cambio sí se encuentra de pronto en su viaje siendo la única mujer que no se dedica a este oficio.

A través de la escritura testimonial, como forma que obliga a la memoria y la reflexión, las autoras de crónicas o relatos de viajes cobran conciencia de su género desde una posición que las empodera y las hace distintas a lo que se espera de ellas. Ese constante proceso de construcción del yo, incluida una visión de futuro ineludiblemente ligada al deseo por ser otra, se puede observar en varios momentos de la experiencia de viaje de las autoras contemporáneas que se analizan en este libro, sobre todo en aquellas que describen sus convicciones o costumbres en relación con la clase social a la que pertenecen.

Viajando sola

En una de sus crónicas publicadas en 1884, el escritor argentino Miguel Cané se encuentra compartiendo vagón, y litera, con una joven estadounidense en un *sleeping-car* rumbo a las cataratas del Niágara y no pierde oportunidad de conversar con ella:

—Conozco un poco las costumbres americanas; pero no puedo habituarme a ellas, porque me parecen, en ciertos casos, contrarias a la naturaleza. ¿No se encuentra usted

incómoda entre toda esa gente desconocida, que puede ser educada o grosera al azar, en este dormitorio común, en el que cada uno se conduce según sus hábitos más o menos discretos?

—¿Miedo? ¿Y de qué?

—De viajar sola, expuesta a que algún individuo ordinario le falte el respeto.

—¿Sola? —Y sonreía, mirándome con asombro—. ¿Qué haría usted si uno de esos caballeros me dijera algo impertinente? ¿No tomaría usted mi defensa?

.

Y aquí todos los argumentos conocidos a favor de la emancipación social de la mujer, expuestos con un orden que revelaba la frecuencia de ese género de disertaciones (Colombi 2010: 127).

El cronista se queda tan sorprendido de haber pasado la noche compartiendo vagón con la joven desconocida que más adelante en su viaje tiene que consultar con un amigo norteamericano sobre la para él cuestionable «honestidad» de una mujer que viaja sola.

Si bien en el siglo XIX se relacionó el viaje de mujeres «solas» con la influencia en ellas de la primera ola feminista en Europa y Estados Unidos, este seguía siendo un fenómeno bastante más infrecuente en América Latina incluso ya en el siglo XX. En 1920, por ejemplo, la escritora venezolana Teresa de la Parra publicó en su ficcional *Diario de una caraqueña por el lejano oriente* una crónica sobre Tokio en que la narradora entabla amistad con una muchacha rusa que «es tan interesante especie que no puedo dejarla pasar en silencio sin hacer mención de

ella: pertenece a la juventud feminista de Rusia. Viaja sola» (Colombi 2010: 259).

Culturalmente, la mujer hispanoamericana ha tenido más restricciones de movilidad e independencia que sus compatriotas varones y que otras mujeres occidentales de su misma clase y posición social. La figura de la viajera sola sigue siendo motivo de curiosidad y sospecha en la actualidad, como lo deja claro el mexicano Juan Villoro, un cronista quizá más prudente que Cané, pero no menos sorprendido al observar a una mujer viajando sola. Rodeado de turistas extranjeros en un café de Mérida, Yucatán, Villoro descubre a una mujer joven que está leyendo en una mesa frente a él. A primera vista, el escritor cree que la mujer es una paisana que viaja sola como él. Basta percatarse de que el libro que lee la mujer es una guía turística para que Villoro se desilusione:

Hasta entonces yo entretenía la esperanza de que no fuera extranjera, ¿pero puede haber algo más irreal que una mexicana que viaje sola? La soledad es un caso de alarma para las mexicanas. En los restaurantes de lujo van juntas al baño, en las reuniones se arremolinan en torno a las galletas con paté, en las escuelas deambulan en apretadas flotillas (Villoro 2019: 44).

En su relato sobre la península de Yucatán, *Palmeras de la brisa rápida* (1989),² Villoro se representa como un

2. Las reediciones del libro en 2009 y 2019 por la editorial Almadía en la Ciudad de México y en 2016 por Altaïr en Barcelona demuestran el nuevo auge de la crónica de viajes en lengua española.

cronista posmoderno que al desplazarse por la tierra de sus antepasados trata de incluirse y a la vez deslindarse de una particular genealogía de cronistas viajeros por el territorio mexicano. El narrador autorreferencial de *Palmeras* se configura como lo que Jorge Carrión (2009) ha denominado el «metaviajero», es decir, un viajero contemporáneo que se muestra consciente de su propio movimiento en el mundo, reflexivo y sin temor a expresar sus dudas.

En el libro de Villoro, viaje y escritura son actividades indisolublemente ligadas por un objetivo editorial preciso. Financiado por un programa editorial gubernamental, el escritor tiene la encomienda de elegir un lugar de la república al que desea viajar para escribir una crónica sobre dicha experiencia. Como advierte Villoro sobre la joven en el café de Mérida, pocas mujeres suelen viajar solas en México y, en consecuencia, existen menos relatos de cronistas autorrepresentadas como viajeras solitarias que se desplazan con facilidad y ánimo exploratorio en ambientes desconocidos. Por el contrario, esta estrategia narrativa se ha vuelto bastante frecuente en las contrapartes masculinas mexicanas o latinoamericanas en general, como Martín Caparrós o Alberto Salcedo Ramos. Sin embargo, las razones de la ausencia de mujeres viajeras podrían ser más complejas que las que imagina con humor Villoro. En primer lugar, está la razón histórica: mientras que los hombres han viajado alrededor del mundo por siglos, y han dejado testimonio escrito de ello, continúa existiendo controversia sobre el viaje de mujeres «solas». El viaje y la figura del metaviajero

posmoderno que representan los cronistas del siglo XXI como Villoro siguen siendo masculinos, sobre todo en sociedades conservadoras y profundamente misóginas, como las latinoamericanas.

En el contexto globalizado de las últimas décadas, que ha configurado una cultura viajera transnacional sin precedentes en otros siglos (Hooper y Youngs 2016), incluso la popular guía de viajes por América Latina de la editorial Lonely Planet advierte a sus posibles lectoras-viajeras (entre ellas quizá la joven extranjera del café que sorprendió a Villoro): «South American women rarely travel alone, and single women travellers may find themselves the object of curiosity sometimes well-intentioned, sometimes not» (Young 2000: 61).

Esta propensión a ser, eufemísticamente, «objeto de curiosidad» ilustra una situación mucho más compleja de la relación entre género y viaje en la región. Un caso entre muchos sirve para ilustrar el problema: en marzo de 2016 dos mujeres argentinas que viajaban de mochileras por Ecuador fueron asesinadas. Como respuesta crítica a la reacción de algunos comentaristas de noticias que dijeron que las mujeres se pusieron en riesgo porque estaban viajando solas, la etiqueta #viajosola fue *trending topic* en Twitter: alrededor de cinco mil mujeres compartieron su experiencia de viajar solas por el mundo. En referencia a la campaña en que se convirtió dicha etiqueta, la feminista británica Laura Bates escribió: «Travel has historically been, and to an extent still is, seen as a natural, bold activity for men, and a risky or frivolous pursuit for women» (2016).